

LIBRO: 1

LOCAL



JUGADOR

VISITANTE



DIOSES DEL JUEGO

THE STRIKER

LOS OPUESTOS SE ATRAEN

ANA HUANG

CROSS
BOOKS

LIBRO: 1

DIOSES DEL JUEGO

***THE
STRIKER***

LOS OPUESTOS SE ATRAEN

ANA HUANG

ANA HUANG

***THE
STRIKER***

LOS OPUESTOS SE ATRAEN

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Striker*
© del texto: Ana Huang, 2024

© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-08-29784-0 (edición en rústica)
ISBN: 978-84-08-29785-7 (edición especial en tapa dura)
Depósito legal: B. 21.031-2024 (edición en rústica)
Depósito legal: B. 21.032-2024 (edición especial en tapa dura)
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Asher



No solía tener pánico escénico, pero nada como tener a setenta mil personas mirándote mientras la cagas para ponerte nervioso.

El sudor se me metió en los ojos cuando recibí el balón del extremo izquierdo. Los vítores de la multitud alcanzaron el punto álgido y noté una punzada de inquietud en el estómago.

Normalmente, el entusiasmo de la afición me motivaba. Al fin y al cabo, cuando era pequeño soñaba con vivir momentos como este. Jugar en un campo profesional, oír a miles de personas coreando mi nombre, ser el responsable de llevar al equipo a la gloria...

Estos momentos demostraban que lo había logrado y que mis críticos se equivocaban, algo que había dejado claro muchas veces.

A fin de cuentas, era Asher Donovan.

Pero ese día, en el último minuto del último partido de la temporada de la Premier League, me sentía solo Asher, el fichaje más reciente y controversial del Blackcastle.

Era mi primera temporada con el equipo, íbamos empatados y éramos los segundos en la clasificación por detrás del Holchester United.

Nos hacía falta ganar para llevarnos el trofeo a casa, pero, hasta el momento, el partido había sido una sucesión de desastres.

Un balón interceptado por aquí, un penalti fallado por allá... Estábamos dispersos y prácticamente podía ver cómo la victoria se me escapaba entre los dedos.

Mi frustración aumentó mientras intentaba atravesar el remolino de defensas del Holchester. Bocci, Lyle, Kanu... Me conocía bien sus movimientos, pero ellos también se sabían los míos.

Ese era el problema de jugar contra tu antiguo equipo, no tenías dónde esconderte.

No había salida, le pasé el balón a otro delantero e intenté ignorar la cuenta atrás del cronómetro.

Cuarenta segundos.

Treinta y nueve.

Treinta y ocho.

El balón botó entre dos jugadores hasta que, en un golpe de suerte tan bueno como malo, Vincent se hizo con el balón con un contraataque.

Los vótores se atenuaron hasta convertirse en un ronco rugido bajo el peso de mi anticipación.

Diecisiete.

Dieciséis.

Quince.

Estaba en una posición perfecta para recibir el balón. Tenía un tiro a la portería claro, pero veía los ojos de Vincent buscando a alguien por el campo, a cualquier otro jugador al que pasarle el balón.

El corazón me latía al ritmo de los segundos restantes del reloj.

«Venga, cabrón».

No había nadie más, era el único jugador del equipo con

posibilidades de marcar. Vincent debió de llegar a la misma conclusión porque, finalmente, con la mandíbula apretada, me pasó el balón.

El entusiasmo de la afición aumentó, pero era demasiado tarde.

Los segundos de vacilación de Vincent les había proporcionado un hueco a los del Holchester y se hicieron con el balón antes de que pudiera tocarlo.

Un gruñido colectivo recorrió el campo.

Parpadeé para protegerme del sudor e intenté concentrarme, pero las miradas burlonas de mis antiguos compañeros de equipo y el resplandor de las luces me desorientaron como no me había pasado desde aquel partido tantas lunas atrás.

Cinco.

Un intento fallido de volver a robar el balón.

Cuatro.

Visualicé destellos de titulares y fragmentos televisivos. Traidor. Judas. Vendido. ¿Valía los doscientos cincuenta millones de libras que habían pagado por mí o había sido el error más caro de la historia de la Premier League?

Tres.

Milagrosamente, conseguí el balón en el segundo intento.

Dos.

No tenía tiempo para pensar.

Uno.

Chuté.

El balón voló demasiado lejos mientras sonaba el pitido final y se hizo el silencio en todo el estadio, de modo que solo podía oír mi torrente sanguíneo en los oídos.

A mi alrededor, todo mi equipo se quedó quieto, atónito, mientras los jugadores del Holchester saltaban y gritaban entre celebraciones.

Se había acabado.

Habíamos perdido.

Mi primera temporada con el Blackcastle, la temporada en la que se suponía que tenía que conseguir el trofeo para el equipo, se había acabado y habíamos perdido.

Todo mi entorno se desdibujó en una corriente de ruido y movimiento. Apenas sentía el dolor muscular y las palmadas de consuelo de mis compañeros en la espalda.

Apenas sentía nada.



Nadie habló durante el trayecto hasta el vestuario, pero se percibía el temor en el ambiente.

Lo único peor que perder un partido era enfrentarse al entrenador después, y apenas nos dejó sentarnos antes de arrancar.

Frank Armstrong era una leyenda en el mundo del fútbol. Como jugador, era famoso por los *hat-tricks* que había conseguido en los noventa. Como entrenador, era conocido por su enfoque innovador y su temperamento irritable, que ponía de manifiesto con nosotros.

—¿Esos son los estándares con los que jugáis? —exigió—. ¿Esos son vuestros putos estándares? Pues que sepáis que no se acercan ni remotamente al nivel de la Premier League. ¡Son una puta mierda!

Falta de concentración, un trabajo en equipo horrible, falta de cohesión... Tocó todos los problemas con los que llevaba insistiéndonos desde que me habían fichado a mitad de temporada y no era necesario ser ningún genio para saber por qué.

Incluso mientras el entrenador nos regañaba, las miradas iban de mí a Vincent, que estaba sentado al otro lado de la sala.

Las dinámicas de equipo se habían jodido con mi llegada. En parte había sido por la consecuencia natural de la incorporación de un miembro nuevo a un club cerrado, pero sobre todo había sido porque yo, el máximo goleador de la liga, y Vincent, el capitán y defensa estrella del club, nos odiábamos mutuamente.

Jugábamos en posiciones diferentes, pero nuestra rivalidad tenía una gran fama. Era mi único competidor en prensa, estatus y patrocinios (elementos muy importantes en nuestro mundo), pero la mayor fuente de discordia entre nosotros provenía de lo que había sucedido en el último Mundial.

La falta. La pelea. La tarjeta roja.

Intenté no pensar en ello. Si lo hacía, era posible que acabara dándole un puñetazo y dudaba de que al entrenador le hiciera gracia que le pegara durante su charla sobre el trabajo en equipo.

—¡DuBois! ¡Donovan!

Levanté la cabeza al oír mi apellido y Vincent hizo lo mismo.

Al parecer, el discurso se había acabado, puesto que el resto del equipo ya se estaba cambiando mientras él nos fulminaba con la mirada.

—A mi despacho. Ahora mismo.

Obedecemos sin oponer resistencia. No éramos estúpidos.

—¿Tenéis alguna idea de por qué os he hecho venir a vosotros dos en particular?

El entrenador ni siquiera esperó a que se cerrara la puerta del todo para empezar con la segunda parte de la bronca.

Vincent y yo nos quedamos callados.

—Os he hecho una pregunta.

—Porque hemos perdido —contesté, pero se me retorció el estómago al pronunciar la palabra «perdido».

Todo el mundo odiaba perder, pero la derrota de ese día me dolía especialmente porque sabía que había gente esperando a que la cagara en el Blackcastle. Sobre todo, los aficionados del Holchester United que me odiaban por haberme pasado a su mayor rival.

Había tenido muchos detractores de pequeño: profesores que pensaban que nunca llegaría a nada, aficionados al fútbol que creían que era una flor de un día, periodistas que buscaban trapos sucios en todos los aspectos de mi vida... No soportaba demostrar que mis críticos tenían razón.

—No. No es porque hayamos perdido —espetó el entrenador—. Es porque el resto del equipo os mira a vosotros, pero habéis dejado que vuestra estúpida rivalidad afecte a vuestro juego. Y lo peor es que está afectando a la moral.

Nos hundimos en las sillas bajo su mirada fulminante.

—Sabía que habría un periodo de transición, pero creía que lo superaríais y que resolveríais vuestros problemas porque sois adultos. Sin embargo, me da la sensación de que estoy tratando con niños porque aquí estamos, con la temporada acabada, y no tengo nada que mostrar, excepto un puñado de errores que podrían haberse evitado si hubierais aprendido a trabajar juntos de una puta vez. —El entrenador fue elevando la voz con cada palabra hasta que llegó al volumen suficiente para atravesar las paredes.

La charla del vestuario se fue apagando y un rubor de vergüenza me tiñó la cara.

La decepción del entrenador me resultaba tan insoportable como el hecho de no haber ganado la liga. De pequeño lo idolatraba y la oportunidad de trabajar con él había sido un factor decisivo a la hora de presentar mi solicitud de transferencia.

No era así como me había imaginado el final de nuestra primera temporada juntos.

Vincent se removió a mi lado.

—Entrenador...

—No me hagas empezar contigo —lo interrumpió él—. ¿Qué coño ha pasado los últimos veinte segundos? Donovan estaba justo ahí. Tendrías que haberle pasado el puto balón cuando has tenido la oportunidad. Ves el hueco, pasas el balón. ¡Es de primero de fútbol!

Vincent apretó la boca. No podía decir lo que todos sabíamos: que no me había pasado el balón inmediatamente porque no quería que yo marcara el gol de la victoria. Los medios habrían reproducido el gol una y otra vez y yo me habría llevado toda la gloria. Vincent no habría podido soportarlo.

Capullo egoísta. No me paré a pensar si yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

La mirada del entrenador se agudizó. Llevaba el tiempo suficiente entrenando a futbolistas como para comprender las motivaciones de Vincent sin que este las verbalizara.

—Como veo que queréis comportaros como niños, os trataré como a niños —dijo—. Normalmente, dejo el entrenamiento de fuera de temporada en manos de cada jugador, pero este verano no. Este verano, entrenaréis ambos en la *Royal Academy of Ballet*. Juntos.

—¡¿Qué?! —exclamamos Vincent y yo al unísono.

Mi sentido de supervivencia no fue capaz de superar la sorpresa de la sentencia dictada por el entrenador. Los clubs casi nunca especificaban cómo debíamos pasar el descanso entre temporadas. Los jugadores provenían de todas partes del mundo, así que el verano era la oportunidad de irse a casa, ver a las familias y entrenar como cada uno considerara.

—Ya he hablado con la directora de la RAB. Le parece bien —continuó el entrenador—. No os había dicho nada hasta ahora porque quería ver si podíais comportaros duran-

te el último partido y conseguir la puta victoria. No habéis podido, así que recibiréis lecciones privadas con la misma instructora durante el verano. Es una de las mejores y tiene muchos conocimientos de fútbol. Estaréis en buenas manos.

No quería estar en unas manos que no fueran las mías. No tenía nada contra el *ballet*. Aunque nunca había hecho entrenamiento cruzado usando técnicas de *ballet*, sabía que había jugadores que lo habían hecho y que aseguraban que habían mejorado en fuerza, flexibilidad y técnica de juego de pies.

Sin embargo, yo ya había elaborado mi plan de entrenamiento. No necesitaba que interviniera una desconocida para decirme lo que tenía que hacer.

Vincent se enderezó y su rostro adquirió una palidez fantasmal.

—No me digas que es...

—Vuestra instructora será Scarlett DuBois —declaró el entrenador con una alegre sonrisa—. De nada.

«¿DuBois? Como...».

—¿La hermana de Vincent? —espeté—. Tiene que ser una broma. ¡Hay conflicto de intereses!

No había visto nunca a la hermana de Vincent, aunque había oído hablar de ella. Estaban muy unidos. Vaya suerte la mía. No me hacía ninguna falta que los hermanos DuBois conspiraran juntos contra mí.

—No quiero entrenar con mi hermana —dijo Vincent—. No es... no.

—Por suerte, ninguno de los dos tiene voto en esto. —El volumen de la voz del entrenador había vuelto a los niveles normales, aunque seguía siendo igual de cortante—. La directora me ha asegurado que es la persona más adecuada para esto y que no dejará que vuestros vínculos personales afecten a su trabajo. Y le creo. Eso significa que los dos entre-

naréis con Scarlett y que os lo tomaréis en serio. Y, ¿cabal-
los? —nos lanzó una mirada de advertencia—, cuando vol-
váis, más os vale convencerme de que sois capaces de trabajar
juntos y no el uno contra el otro o solo probaréis banquillo.
Me importa una mierda que seáis el capitán y el mayor go-
leador del equipo. ¿Entendido?

—Sí, señor —refunfuñamos los dos.

El entrenador estaba decidido. No podíamos decir ni ha-
cer nada al respecto, lo que significaba que iba a pasar todo
el puto verano pegado a los hermanos DuBois.

Se me tensó la mandíbula.

No sabía mucho sobre Scarlett DuBois, pero teniendo en
cuenta que estaba emparentada con Vincent, sabía una cosa:
no iba a caerme bien.

En absoluto.